



DE LA FRONTERA A LA ENCRUCIJADA

Itziar Pascual

Real Escuela Superior de Arte Dramático



You may say that I'm a dreamer
But I'm not the only one
Maybe someday you will join us
And the world will be as one...

JOHN LENNON

Cuatro dramaturgos españoles —José Ramón Fernández, Jesús Laiz, Yolanda Pallín y Laila Ripoll— han culminado en *So happy together* una singular experiencia, escribiendo a ocho manos una obra que deslumbra por su coherencia formal e ideológica. Si toda escritura teatral es un viaje a la frontera —la frontera que liquida el espacio del yo para aspirar al espacio del nosotros— la composición de esta obra requería la generosidad de trascender los límites del yo para habitar ese nosotros desde el propio marco de la autoría. No en vano, la palabra frontera es angular en este texto, y como más tarde revisaremos, el propio concepto de frontera se ve tensionado en *So happy together* para devenir en una propuesta de encrucijada.

Michel Warschawski arranca las primeras páginas de *En la frontera. Israel— Palestina: testimonio de una lucha por la paz*¹ ayudándonos a comprender cómo ese término ha marcado la historia individual y colectiva de Israel (2004: 19):

La frontera es un concepto central en la vida de todo israelí: constituye un elemento formador en la vida de todos nosotros, delimita nuestros horizon-

tes, sirve de línea de demarcación entre amenaza y sentimiento de seguridad, entre enemigos y hermanos. En un país que es un gueto a la vez que un búnker sitiado, la frontera está omnipresente, y a cada paso topamos con ella. Sí, la frontera no se halla sólo en el corazón de cada soldado, tal como reza la canción, sino en el de cada ciudadano de Israel, cual elemento constitutivo de su ser.

La noción de frontera, comprendida como hecho sociológico que adquiere forma espacial, es decisiva para aproximarse al universo palestino-israelí: un entramado casi infinito de fronteras que Warschawski sitúa entre israelíes y palestinos, por supuesto, pero también entre judíos e israelíes, religiosos y laicos, judíos europeos y judíos occidentales. Cabría citar muchas otras, siempre como sinónimo de tensión y conflicto: la frontera aquí implica una posición de *enfrentamiento*, estar en frente el uno del otro. La arquitectura del muro, la alambrada, el paso de control militarizado, la convierten en un territorio de escisión física, simbólica y moral. La frontera nos exige tomar decisiones y Warschawski define así su vida: un compromiso con el acto de transitar fronteras, franquear muros y practicar el tránsito por las periferias, antes que ser guardia fronterizo, controlador y dominador en el epicentro de la tribu².

Para acercarnos a *So happy together* debemos conocer los mimbres de este proceso en el que la dimensión de lo escénico no queda relegada a un segundo plano, sino que rige el propio proceso de escritura³. La compañía Apata Teatro⁴, que cuenta con el director José Bornás y el dramaturgo Jesús Laiz, pone en marcha el proyecto de una obra que aborde el drama palestino-israelí; para ello invita a los dramaturgos Yolanda Pallín, Laila Ripoll y José Ramón Fernández a la realización del proyecto.

La propuesta, que se define como ficción inspirada en hechos reales —más tarde veremos como estos elementos se vinculan— se concibe como una composición de tramas cruzadas, en las que progresivamente comprenderemos el entramado de relaciones que vinculan a los personajes entre sí.

So happy together cuenta con cuatro personajes presentes dotados de nombre propio: dos mujeres, Yasira y Abla y dos varones, Natan y Samuel. Son los personajes dotados del discurso verbal más extenso. Yasira y Abla son palestinas y Natan y Samuel hermanos e israelíes. A estos personajes se añaden tres personajes presentes episódicos, que carecen de nombre propio (Soldado Israelita; Capitán; Madre Palestina) y una

ingente cantidad de personajes aludidos, muchos de ellos niños, muchos de ellos víctimas; algunas con nombre, como la pequeña Osher, hija de Natán; el pequeño Hitlem, testigo espantado de la muerte de su amigo, Ahmed el Jatib, hijo de Abla y de Ismail el Jatib... Otros sin nombre, como los ochocientos niños fallecidos en los últimos seis años, cien israelíes y setecientos palestinos, a los que recuerda Natán. Si Matthias Langhoff está en lo cierto y el teatro siempre da voz a los muertos, en *So happy together* se escuchan los ecos de esos ochocientos niños.

La obra comienza con el monólogo de Yasira, que realiza tareas humanitarias para la Media Luna Roja y acompaña en una ambulancia a una mujer embarazada, Abla. Abla requiere de asistencia médica y necesita cruzar la frontera para llegar al hospital, o su hija no nacerá. En la frontera se topará con un soldado israelí desconfiado, Samuel, que no le permitirá el paso. Yasira, la hija de un maestro, sentirá la necesidad de dar espacio al ajusticiamiento: un cinturón de plomo y una zapatería elegante de Tel Aviv la esperan para liquidar su rabia y su vida. Antes de morir percibe la mirada de una niña, la pequeña Osher, que sí alcanzará el hospital, ella sí, pero requerirá de un pequeño pulmón para seguir viviendo. Ese pulmón será de Ahmed, el hijo de Abla, asesinado de un disparo por un soldado israelí; Ahmed jugaba a los soldados con su amigo Hitlem y portaba un arma *demasiado* parecida a las auténticas. El soldado que dispara no es otro que Natán. Osher podrá sobrevivir a las heridas gracias a la generosidad de Abla y de Ismail, pero no podrá convivir con la intolerancia de sus amigos y vecinos israelíes, que la repudian por vivir con un pulmón palestino. Natán, su esposa Rut y su hija Osher tendrán que mudarse a Nahariya, en el norte de Israel, para intentar vivir en paz y para que su hija pueda jugar con niños palestinos. Natán se verá cambiado por todo lo que ha vivido y emprenderá la vía de la objeción de conciencia, con la pena de cárcel que ello acarrea en Israel y el repudio de su entorno familiar por ser un traidor.

Hasta aquí las líneas esenciales de la fábula de *So happy...* Pero lo que sabemos de cada personaje no es el resultado de una información previa. El texto, despojado *de Dramatis Personae* o de cualquier otro previo informativo espacial y temporal, desprovisto prácticamente de toda acotación — salvo las bofetadas de Samuel a Natán y la sonrisa de la Mujer—, se articula como una sucesión de monólogos, en los que los personajes presentes apenas se intercambian réplicas entre sí; siempre en contadas ocasiones, siempre de manera frugal, sintética; siempre de forma decisiva.

Hablan a otros personajes que no están en un aquí, próximo y presente: hablan a los hijos heridos o muertos; a aquellas víctimas que forman parte del pasado y la memoria, como la joven Noemí; nos hablan a nosotros, que esperamos escuchar la voz de una muerta. Los personajes están *enfrentados* a sus alocutarios, a veces por la distancia que separa la vida de la muerte; a veces separados por la memoria y el tiempo; o por la trascendencia de la imprecación a los dioses de la guerra.

Cada personaje está aislado y a la vez conectado a los acontecimientos como eslabones de una cadena de violencia que va depositando nuevas víctimas ante nosotros. Noah Chomsky cree que no hay gestos pequeños y aquí todo acto, grande o pequeño, tiene consecuencias. Y es que todo *So happy together* es un tablero de personajes que viven permanentes conflictos, con el orden impuesto, con lo establecido, con otros personajes y consigo mismos. Todos practican alguna forma de violencia contra el otro que deriva en herida y muerte; sólo Abla, la madre que parió seis hijos y conserva vivos cuatro, es la excepción de esta regla. Sólo Abla no se contamina por el odio que devuelve más sangre a la sangre. Y es que la fuerza armada ha conseguido muchas adhesiones; para algunos la violencia es una posición de poder, que siempre que es ejercida por uno mismo es legítima defensa y ataque si la ejerce el otro. Sólo el que mate más será el que resista. Es la frontera que separa a los animales de los humanos. Habla Samuel:

SAMUEL:

Solo odio y fanatismo,
guerra santa, racismo, destrucción y muerte para el infiel.
Bebés, mujeres embarazadas, ancianos, niñas de cinco años....
Tú, yo, tu esposa, tus hijos...
No somos personas para ellos, somos animales, o menos aún:
somos cosas, víctimas potenciales, enemigos a reventar,
a exterminar, a borrar de la faz de la tierra.

Samuel está convencido de que esta es una batalla de supervivencia: o ellos o nosotros. Y para Samuel la Historia del Holocausto advierte de lo que ocurre cuando no se ejerce una posición de fortaleza.

SAMUEL:

Idiota.
Piensa en tus abuelos,

piensa en Dachau, en Buchenwald, en Auschwitz, en Bergen Belsen...
Y yo no quiero ser un cordero,
no quiero que mi familia sean corderos.
No voy a dejar que los míos vayan al matadero sin oponer resistencia,
esta vez no.

El sufrimiento infligido se devuelve como sufrimiento soportado. Yasira, la hija del maestro, la joven que trabajaba para la Media Luna Roja, un día deja de creer en la razón y empieza a creer en la violencia. La forma de legitimarla es envolverla en la fe:

YASIRA:
Mi dios es mi objetivo,
el profeta, mi modelo,
el libro sagrado, mi ley.
La muerte al servicio de dios, mi más codiciado anhelo.

A veces el lenguaje apenas nos sirve para evidenciar el grosor espeso de nuestras distancias; a veces el lenguaje sirve para mostrarnos cuánto hemos cambiado. Así es como Yasira, la hija del maestro, la que apelaba a la Convención de Ginebra ante el paso cerrado, apelará al dios de la inmolación. Ha cruzado una frontera más, la de la razón:

Palestina está llena de puertas
y detrás de las puertas esperan una mártir.
Es mi determinación y la de dios.

Podría parecer, dicho así, que *So happy together* es la historia de un fracaso, el fracaso de la oportunidad de transformarnos y el triunfo de un cierto determinismo, que nos obliga a ser violentos, impelidos por una violencia que nos atraviesa.

Y no es así. La frontera y el *enfrentamiento* se perpetúa hasta que alguien decide emprender el más difícil de los caminos, el más incomprendido: devolverle una oportunidad al entendimiento.

ABLA.— Asselam alai kum, la paz esté contigo.
NATÁN.— Barakka alahu fik, que Alá te dé su gracia.

Abla y Natán deciden ir más allá de su dolor. Abla y Natán se encuentran en el lugar de las decisiones más difíciles, el lugar en el que no

se sabe qué decisión tomar y se cruzan los caminos del miedo, del amor y la venganza: la encrucijada. Es Abla, la madre doliente, la madre de todas las guerras, nunca ganadas, la que se despide del cuerpo de su hijo para albergar las vidas de otros niños heridos. Su generosidad es la promesa de nuevas oportunidades:

El médico
Nos ha dicho
Que una parte de ti
Podrá seguir viva en otros niños
Que si tú quieres
Los puedes dar
Una parte de tu cuerpo
Para que puedan jugar y besar a sus madres
Yo he preguntado quiénes eran esos niños
Pero tu padre ha dicho que no importa
Que todos los niños son iguales
Que los niños son niños
Tu padre sabe lo que hay que hacer

El lugar que habitan Abla y Natán, lejos de las certidumbres de Samuel y de Yasira es un lugar inestable, doloroso, pero donde el título de la obra (título de una célebre canción de los Beatles y expresión de una felicidad compartida) se abre como un horizonte posible. Pero es el lugar, la encrucijada, donde pueden empezar a construirse las aspiraciones de un nuevo proyecto de entendimiento para Warschawski (2004, 21): «La paz palestino-israelí será una paz de cooperación, de coexistencia, o no será nada. Y es necesario comenzar a construir esa coexistencia desde ahora mismo mediante el diálogo, la cooperación y la solidaridad». Es el lugar en el que la ficción está al servicio de una nueva realidad. La realidad que ayuda a construir *So happy together* con un imaginario de entendimiento.